

860  
C. 1

Df 257  
p. 3  
C3



ALVARO DE CASTELAR

81107

11318



# I

**F**UÉ una mañana, en el tren, regresando á Madrid de un viaje que en 1886 hizo Castelar á Valencia, acompañado de varios amigos, y en el cual hubo día de pronunciar tres discursos en tres centros diferentes, cuando el que esto escribe, impresionado con varios hermosos párrafos que le oyó consagrados á España, dijo al inmortal tribuno que algún día procuraría reunir los que pudiera de cuantos hubiese hablado ó escrito, para formar con ellos una colección que sería como devocionario sin igual para los españoles que comulgasen en la religión sublime de la patria. Ha llegado la ocasión de realizar aquella promesa, hoy, cuando se aproxima el tercer aniversario de la muerte del hombre incomparable que llenó con su patriótica figura la España del siglo XIX, y con su oratoria sublime el mundo todo (1).

(1) Debo consignar mi agradecimiento á la cooperación que me ha prestado el entusiasta y fidelísimo amigo de Castelar D. Pablo Turiel, quien, extraordinaria

¶ Pero nadie que lea los divinos párrafos que forman el contenido de este libro, puede ni debe sospechar que pretendemos exponer, con ellos, el discurso doctrinal que á su autor hubo de inspirarle el concepto que entraña ese vocablo. No se trata de realizar empresa semejante, ni hay por qué llevar el pensamiento á ella con este motivo, pues el estudio hondo y amplio que el genial tribuno y publicista hubo de hacer sobre tan grandioso tema, registrado queda en la sorprendente odisea de su vida toda, en sus copiosos libros, en sus inmortales discursos, en sus hechos afamados, en sus atrevimientos y omisiones, en sus primeros radicalismos revolucionarios y sus postreras rectificaciones gubernamentales... es decir, en cuanto pudo su existencia dar de sí, porque toda ella no fué otra cosa sino un poema consagrado á cantar el amor y el sacrificio que se deben á la patria.

Ahora no se trata de eso, ni de propósito alguno á fines sabios ó analíticos encaminado, sino de juntar en una especie de breviario los princi-

rio conocedor de los discursos y escritos del inmortal tribuno, al extremo de que éste le consultaba cuando dudaba sobre circunstancias á ellos referentes, me ha proporcionado la mayoría de los fragmentos aquí coleccionados, y la comprobación sobre las fechas de su origen. Sin su concurso mi propósito hubiera tenido más limitado cumplimiento.

pales de aquellos inspirados y grandilocuentes párrafos, donde con ocasiones varias, ya de un debate parlamentario, ya de un discurso de propaganda, ya de un brindis en gigantesco banquete, ya de una crónica periodística remitida desde el destierro, ya de un artículo doctrinal, ya de un libro... el más grande orador de la Edad Moderna expuso, con términos que por nadie sino por él, y en tiempo ninguno hasta hoy se emplearan, aquella su fundamental y suprema pasión que fué como el objetivo de su existencia, el nervio de su organismo mental y el alma madre de todos sus otros sentimientos.

## II

Abárquese con el pensamiento su vida y con ella toda su obra oratoria y publicista, y se advertirá que ningún afecto humano, ni ambición personal, asediaron á este hombre sino en tanto fueron un aspecto ó una forma, real ó simbólica, de esa pasión; y que sufría una idea fija, un culto idolátrico, un amor absorbente que le impulsaba sin descanso á componer bellísimas oraciones, que luego dedicaba como ramo de preciosas flores á su adorado ensueño.

Causa grande maravilla, cuando se leen sus estrofas, tanta rica variedad en la forma, expre-

sando siempre un solo invariable sentimiento; diríase de ellas que son como sangría de oro purísimo que moldea variadas artísticas figuras, ó como filtración caliza de una gruta, que guarnece suelos y techos con sorprendentes magnificencias, expresando siempre la unidad de la materia en la variedad infinita de la forma. Verdadero kaleidoscopio donde los fragmentos coloreados de metal y vidrio se multiplican y combinan, reproduciéndose en imágenes infinitas hasta simular arabescos, flores, dibujos, siempre nuevos y lindos, así sus citas, sus invocaciones, sus frases amorosas y sentidas se agrupaban, combinaban y reproducían, formando sublimes oraciones, salmos nunca oídos, que explican los transportes y arrebatos que determinaban en sus oyentes, y por qué se alzaban en masa las Cámaras y los públicos, con tempestades de aplauso y orgasmos frenéticos que solamente viéndolos se podían concebir.

Nunca el encanto de la forma en lengua hispana conmovió los pueblos como cuando le recibieron de labios de Castelar, ni gozó nunca el hogar español, aun en las más humildes aldeas, tan viva y sublime la música y poesía de la prosa, inspirando en hombres y mujeres, en sabios é ignorantes, en ancianos y niños, un sentimiento de españolismo que hacía declamar párrafos, páginas, discursos enteros, con altisonancias y

enardecimientos que inflamaban los corazones con fuegos desconocidos, y arrebatan las almas con nuevos ideales.

Se explicaba este efecto porque, en la magnificación de la patria, Castelar lucía toda la más rica pedrería de su elocuencia incomparable, cuanto puede expresar de más arrobador el verbo humano: invocaciones y citas históricas de sabio, suspiros ardientes y temblorosos de alma enamorada, ternuras delicadísimas de madre, estros místicos de anacoreta, lamentos conmovedores de víctima, apóstrofes varoniles de luchador, cantos de esperanza y arrogancias homéricas de triunfo, sentencias profundas de filósofo y floríferas garrulerías de poeta; todo aparecía junto, hermoso, arrobador, en un párrafo duradero, sostenido, dicho con un léxico excepcional, con períodos armoniosos, con magnificencias oratorias que arrebatan los ánimos, y confundían á orador y oyentes en una consagración grandiosa y sobrehumana del espíritu.

Fueran cuales fuesen el tono y la clase de argumentación que Castelar viniera empleando en el desarrollo de su discurso, en cuanto evocaba la patria y se apercibía á exaltarla, su cuerpo, sus ademanes y su acento adquirirían adecuada solemnidad; el orador se transfiguraba; unción sublime se apoderaba de su alma, y surgía la oración, porque aparecía el creyente, el místico,

la pitonisa que siente dentro de sí las revelaciones de los dioses, y el iluminado dispuesto á todos los sacrificios.

Nos parece estarle viendo: Al sentir lo que era un verdadero conjuro de su espíritu, erguíase entonces dignamente su corto cuerpo ganando con la mayor estatura la mayor majestad posible de su físico; fijaba en el suelo la planta de sus pies; alzaba en actitud hierática sus brazos como apercebidos á taumatúrgicas consagraciones; reclinaba suavemente atrás su bien plantado y carnoso busto, quizás para recibir en su frente la luz increada del genio; clavaba en el espacio su vista, extática, como abismándola en impenetrables misterios y revelaciones de la historia hispana; balanceaba con leve y pausado movimiento su cerviz al compás de sus frases, y así, en esta su peculiar actitud, pálido y contraído unas veces, arrebatado y ardiente otras, con anuncios de congoja y lagrimoso á menudo, rezaba, mejor que declamaba, aquellos divinos párrafos, largos, majestuosos, tan sentidos y arrobadores que sometían á los oyentes al conflicto de un goce y un tormento indecibles, palpitantes los corazones, escalofriados los nervios, desasosegados los músculos, víctimas de emoción profunda que pugnaba por estallar y había necesidad imperiosa de reprimir un minuto, y otro minuto, y otro minuto.....

hasta que llegaba aquel postrero, redondo y amorosísimo período que permitía abrir las esclusas del entusiasmo, y ahogar con frenéticos clamores, vítores y aplausos, sus últimas palabras.

Conservará por vida mi memoria entre las impresiones más grandiosas que he sentido, ante los cuadros sublimes de la Naturaleza, por ejemplo, las cimas heladas de las cordilleras del Jura, el cráter del Vesubio, las ruinas del Coliseo, las grutas de Artá, el Parlamento de Londres..... la figura oratoria de Castelar en sus invocaciones á la patria, porque nunca la función sublime del verbo humano alcanzó, ni jamás alcanzará—¡seguro estoy de ello!— ante mis sentidos, tan extraordinaria encarnación, calificada por el elocuentísimo Maura de antorcha que irradiaba su luz sobre todos, y estatua que contemplaba el mundo entero.

### III

Pero quien haya de penetrar en la psicología de Castelar estudiando la razón de su especial patriótica figura, debe tener presente, entre otros factores de su complexión intelectual y sensitiva, su temperamento emocionable, y la evolución que sufrió su celebrado españolismo por las abrumadoras lecciones de la experiencia, forja-

da entre las hogueras revolucionarias de España.

Fué Castelar un individuo extremadamente sensible, muy emocionable, pronto á la agitación y á la ternura, cuyas delicadísimas vibraciones del alma, sinceramente ostensibles en la intimidad, refrenaba y encubría en los tremendos peligros y responsabilidades de la vida pública, manifestando, en cambio, aquellos arrestos y temeridades que dieron fama á su valor cívico, y hubieron de celebrar hasta sus propios adversarios.

Castelar en la intimidad revelaba tener una sensibilidad tan exaltada como la de una joven histérica, especie de caja de resonancia de sus impresiones, que así le hacían sufrir como gozar fuertemente, por ligeras que fuesen, induciéndole á las hipérboles y magnificencias que tan fácilmente expresaba su oratoria asiática, y con tanto éxito sugería á sus oyentes.

No bastando su asombroso lenguaje á menudo para desahogar las copiosas ternuras de su espíritu, rendíales ojos y laringe, y era presa de congoja y llanto, al que se entregaba con sencilla ingenuidad para calmar su emoción profunda. Así vertía sus lágrimas, no ya solamente cuando la muerte de seres queridos, y otros grandes sufrimientos parecidos, rinden los más firmes caracteres y desarticulan la entereza del

estoicismo mejor templado, sino hasta cuando su alma sentía las sublimes abstracciones de la religión, la caridad, la historia, la patria, la madre, los lugares y recuerdos de la infancia, ó cualquiera de esos delicados ejes morales que forman los poderosos resortes del espíritu, y los sublimes ideales de la humanidad.

Quiero recordar y consignar aquí algunas ocasiones en que Castelar anegó materialmente su rostro con lágrimas copiosas, que un público pudo apreciar, y con ellas emocionarse tanto ó más que pudiera hacerlo escuchando sus más inspirados períodos.

Fué una en Valencia, cuando su viaje del mes de Marzo de 1888, una mañana en que acompañado de amigos y correligionarios, después de visitar la Lonja, el Mercado y la Audiencia, visitó la Casa de Misericordia. Como es de costumbre en estas visitas, escuchó ese fugaz examen que suelen hacer los profesores á los niños más locuaces y aplicados, curioseó con interés detalles referentes á la reglamentación de la enseñanza, y sintióse como penetrado de la obra de caridad, que, para bien de aquel batallón de tiernas criaturas, allí se daba. Llegó la ocasión de terminar, los alumnos de uno y otro sexo, agrupados en secciones formadas, debían partir ya para el comedor, y de pronto rompió á tocar un pasa-calle la banda de música de los

asilados; y entonces, á su compás, en correctas filas, con ruidoso y uniforme paso militar, se pusieron todos en movimiento, atronaron el aire con infantiles coros que se unían al bronceado metal de la música, las secciones se enroscaron en torno de Castelar y sus amigos para ganar la salida, y entonces también sintióse tan conmovido y espasmodizado el gran tribuno, que los que miramos su rostro pudimos verle pálido, retraído y mojado por un copioso gotear de lágrimas que, resbalando precipitadamente, caían sobre las solapas de su abrigo, sin que sus labios acertaran á decir una sola palabra.

Era la tarde del 23 de Diciembre de 1891 cuando los correligionarios de Cádiz le daban un banquete de almuerzo en Jerez de la Frontera, y llegada la ocasión de los brindis hablaron los Sres. Luque, jefe del partido posibilista gaditano, Rodríguez de la Borbolla, que lo era del de Sevilla, y Jiménez Mena; mas como el primero se lamentara con sentidas y cariñosas quejas, de que la ciudad donde vió la luz Castelar no fuera visitada esta vez por su ilustre hijo, hallándose cerca de ella, hubo de responder éste en su notable brindis á tan justa reconvención, y para expresar cómo adora y venera siempre el alma, sobre todos los demás lugares del planeta, aquél donde se vió la luz y se pasaron los primeros años de la infancia, ele-

vó su pensamiento á sublimes cantos, y enardecióse con tan apasionadas y tiernas reflexiones que, atropellado por la congoja y el llanto, cortó de pronto su discurso, materialmente ya imposible de pronunciar, y desahogó con ruidosos sollozos y abundantes lágrimas la emoción que embargaba su alma. ¡No hay que decir cómo estaríamos sus oyentes!

Fué otra vez en la mañana del 13 de Junio de 1897, día de la Santísima Trinidad, en la visita que hizo á la catedral de Toledo, que debió ser la última de las muchísimas que por vida hiciera á este afamado templo.

Sentía el eminente tribuno pasión grandísima por la antigua imperial ciudad, y en su templo se exaltaba de tal modo su espíritu, y evocaba tantos y tan augustos recuerdos históricos, que gustaba de enseñarla á los ilustres extranjeros, sus célebres amigos, cuando apetecía impresionarles con las grandezas históricas de España.

Le acompañábamos aquel día algunos amigos que habíamos ido de Madrid, y buen golpe de los que se habían unido en la ciudad, entre éstos su pariente D. Fernando Alvarez, á la sazón gobernador civil de la provincia; y muy de mañana habíamos examinado ya las principales maravillas y solemnes recuerdos, que con su habitual pericia y verbosidad nos enseñaba y explicaba, exponiéndonos una vez más aquel su-

blime cuadro que describió con inspirado párrafo en su monumental discurso de ingreso en la Academia de la Lengua. Las armonías del Renacimiento; los huesos de tantas generaciones sepultados bajo el suelo; los reyes y los próceres desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, y desde la gloriosa figura del cardenal Mendoza, hasta la trágica y decapitada del favorito D. Alvaro de Luna; los cambiantes de luz á través de los coloreados ventanales; las legiones de esculturas cinceladas por Felipe Borgoñes y Alonso Berruguete; los restos de los arzobispos que duermen y los cuerpos lapídeos de los arcángeles que velan; las ricas telas y vestiduras cuajadas de pedrería, los cuadros famosos y los retratos venerables; las tracerías de los alicatados muzárabes y los rosetones góticos... todo lo recorrió, examinó, explicó y magnificó con su palabra deslumbradora y su loca alegría infantil, con locuacidad exuberante, como colegial desenvuelto que desea lucir su sabiduría y desparpajo, saltando por contrastes desde la grandiosidad de la nave á la minucia del relicario, desde el rasgo moral del personaje fallecido á la delicadeza artística de la plata repujada, desde la luz de los cirios al símbolo de las esculturas... siempre inquieto, activo, golpeando cariñosamente en la mano al uno, dando codazos al otro, subrayando las ob-

servaciones, moviendo rápida su mano derecha, cuyo índice extendido apuntaba á mil sitios contrapuestos, esbozando contornos, trazando círculos, infundiendo en cuantos le escuchaban aquella vida opulentísima de historia, artes, religión y psicología que brotaba á raudales de su alma entusiasta y resplandeciente.

Así estuvimos hasta que comenzó la misa mayor, de la cual gustaba siempre mucho, y entonces ocupamos asientos á la derecha del presbiterio, y en silenciosa y recogida actitud asistimos al acto de la misa, oyendo sin perder una frase sermón muy bien pensado y dicho, que, por hallarme yo á su lado izquierdo, celebrábase con frecuencia en voz baja, como oración de buen predicador. En tal disposición llegó el supremo instante de adorar, y oyóse el seco golpe del pertiguero; doblamos todos la rodilla, y cuando callaron los sonidos del órgano, resonaron los toques de las argentadas campanillas, se difundió por el espacio el penetrante aroma de los incensarios, surgió de las naves el rumor general de la fervorosa muchedumbre que á una se postraba de hinojos, y, mirando al altar mayor, vimos, entre sus áureos resplandores, al ministro de Dios, único en pie entre miles de personas abatidas, alzando con solemne lentitud la sagrada Forma en sus trémulas manos, y entonces, curioseando el efecto de aquel cuadro en Cas-

telar, llevé la mirada á su rostro, y le vi anegado en copioso llanto, emocionadísimo, espasmódico, presa su alma de un estallido de emociones sublimes que había ido acumulando poco á poco, y que se condensaban, en aquel solemne instante, por los símbolos de las muchas grandezas allí atesoradas.

El que siempre fué muy querido amigo de Castelar, D. Pedro Rodríguez de la Borbolla, nos contaba que una noche, en Sevilla, presenciando el paso de las cofradías, en la hora tempranísima y solemne en que cruza la del silencio, tuvo una crisis de llanto ante la presentación magnífica y esplendorosa de la Macarena. He aquí el episodio:

La plaza de la Constitución está llena de gente, el cielo muy oscuro, y hay en la muchedumbre el recogimiento adecuado á la semana de Pasión y á la hora aquella de la avanzada noche, escogida por ser la en que llega á su colmo la solemidad conmovedora de los misterios y las procesiones. La cofradía del silencio avanza por la calle de las Sierpes, los cofrades se deslizan como fantasmas taciturnos y sombríos, y de pronto aparece el paso de la Virgen, convertido en un ascua de oro por irresistible conjunción de terciopelos bordados, cirios y preciosos resplandores metálicos; camina suavemente hasta llegar al palco donde estaba Castelar, da media

vuelta y se para frente á él. Entonces el gran tribuno, impresionado con aquel homenaje de consideración que no esperaba, se levanta de pronto, yergue y cuadra su figura, y elevando, como un hipnotizado, su mirada, la clava en el rostro fascinador de la Virgen, y empieza á llorar copiosamente, premiando con aquella hermosa y profunda emoción la honrosa cortesía de la parada. La hora avanzada de la noche, el sitio, la obscuridad del espacio donde todavía no clareaba por lejano horizonte el despuntar del día, la silenciosa muchedumbre allí aglomerada, las figuras tétricas y recatadísimas, de los nazarenos, el resplandor fuerte de las andas, y el misterio de pasión que se respiraba por la ciudad toda, hirieron el espíritu de aquel hombre, siempre dispuesto á sentir las sublimidades del arte y de la religión, y pusieron en su rostro la más elocuente y humana de las oraciones: el llanto.

Pudiéramos citar algunos otros semejantes episodios, y demostrar con ellos que las ternuras de la caridad, los recuerdos de la infancia, las consagraciones de la religión, las bellezas del arte, las invocaciones á la madre patria... todo lo elevado y sublime, en fin, era reactivo para hacer vibrar la sensibilidad de este hombre singular; y que, á semejanza de Cicerón, Rienzi, Cronwell, lord Chatham, William Pitt y otros

muchos eminentes repúblicos, tenía esa fácil emocionabilidad que en lenguaje místico pudo llamarse *divino don de lágrimas*.

#### IV

Alma tan sensible hubiera podido agotar sus copiosas fuentes de amor y ternura en la mujer y en los hijos, donde los más apasionados hallan campos que devoran las mayores opulencias del sentimiento; pero Castelar huyó de todas estas aplicaciones, y profesando el principio, que muchas veces le escuché, de que la política, como el sacerdocio eclesiástico, es una religión que necesita de célibes, contrajo todo el riquísimo caudal de amores que podía haber derrochado en su vida de sesenta y seis años, á un solo inmenso culto: el amor á la patria.

Y haciendo de esta abstracción una encarnación palpitante, una belleza real y tangible, dotada de sublimes perfecciones, consagróla amores varios, que cambiaron con la edad y la experiencia. Allá, en los primeros años de su juventud, la amó con la irreflexiva y exaltada impaciencia de quien lo sacrifica todo á la posesión precipitada, y expresa su sentimiento con la seductora letanía de las frases ardientes y los pintorescos lauros. La patria era una visión seduc-

tora á la que había que aplicar los más dulces adjetivos; y los labios del inspirado tribuno crearon una encantadora y nueva deidad, que hizo palpar con emociones nunca sentidas cuantos hogares españoles y americanos pronunciaban la hermosa lengua de Castilla. Mal calculador entonces de las tremendas é incontrastables fuerzas que rigen la vida de los pueblos y las evoluciones de la Historia, entregado á la deplorable inexperiencia en que incurren las ardientes imaginaciones de los apasionados políticos, siempre fáciles á la obra de desatar tempestades que luego no pueden reprimir, no acertó á comprender con cuánta exactitud la patria era un ser real, dotado de carne, sangre y nervios, de temperamento y hábitos, de idiosincrasia y fatalidades biológicas hereditarias..., y que, por esto, violentar los resortes de su organización y las leyes de su existencia con alteraciones y cambios bruscos, era condenarla á gravísimas enfermedades y á peligros de muerte, en vez de magnificarla y servirla. Su pasión honrada, su civismo puro y generoso, sufrieron un día terrible espanto y dolor ante la inesperada catástrofe; las tempestades nerviosas producidas y la anarquía de funciones desatada en el organismo nacional, hicieron caer de sus ojos la venda, y abriendo entonces su razón de joven alocado á las espantables enseñanzas de la experiencia, la cual de-

muestra que para los pueblos, como para los individuos, hay cariños que matan, sintió una nueva y más prudente pasión, temiéndolo ya todo, mirando con terror cuanto pudiera trastornar la tranquilidad y la integridad de su adorada patria, y discurriendo con su poderosa inteligencia leyes de tranquila evolución, distintas á las convulsiones sangrientas, hasta entonces señaladas para su engrandecimiento y felicidad. En estas conversiones, su contrición y sus confesiones públicas fueron sublimes y heroicas, porque nadie sufrió tanto dolor, nadie habló tan acerbamente, nadie le ganó en sinceridad y en sacrificios, nadie puso sobre la propia frente la ceniza que él puso, ni aplicó á sus carnes el cilicio que él se ciñó, ni, condenando las gloriosas pasadas apoteosis, renunció para siempre á todos los destinos y magnificencias de un porvenir merecidísimo, contrayéndose á ser no más que el luctuoso y severo amonestador de las irreflexivas ilusiones y de las patricidas aventuras. ¡Con cuánta justicia, Sagasta, Silvela, Maura, Romero Robledo, Moya, Sol y Ortega y cuantos levantaron su voz para honrar la memoria de este hombre, en la sesión que le dedicó el Congreso de los diputados, ensalzaron el sublime heroísmo que le llevó al sacrificio de todo lo más grato á su nombre y sus intereses, por servir á la patria!

Díganlo también aquellos republicanos de

Granada y Alcira que escucharon los primeros discursos de su nuevo apostolado por los años de 1875 y 1880; díganlo aquellos interminables párrafos donde sus alientos y resistencias oratorios, propios de un Estentor homérico, se rendían al largo relato de calamidades infinitas, de trenos inconsolables y de terrores sin alivio, que evocaba luego con frecuencia para que, con su recuerdo, la democracia aprendiera saludables y necesarios escarmientos; párrafos en los cuales presentaba rota la unidad de la patria; relajados los lazos sociales; triunfante como nunca la anarquía; en Málaga resistencias á obedecer la autoridad central y admitir la fuerza pública; desarmada la guarnición é indisciplinado el Ejército en Barcelona; peleando con lucha sangrienta los carabineros y el pueblo en Granada; dictadura municipal en Cádiz; cantón presidido por los reaccionarios en Valencia; quemadas las fábricas y asesinados los probos ciudadanos en Alcoy; convertidos á una guerra civil los pertrechos acumulados en Cartagena para defender la patria; la escuadra gloriosa, ilustrada por las hazañas de la Historia, á merced de quien quisiera apoderarse de ella en el mar, nacional ó extranjero; los carlistas asolando en el Norte, en el Maestrazgo, en las montañas de Cataluña y en el Bajo Aragón; en las Cortes la minoría federal expi-

diendo diputados á las provincias en son de guerra..., y su corazón de patriota condenado, por los propios errores y los de sus correligionarios, á presenciar la agonía de España, amenazada de convertirse en una nueva Polonia, y de caer sin tener á su favor los votos de los pueblos, ni la compasión de la Historia, negados siempre á quien sucumbe por su mal con insensatos é imperdonables suicidios.

Desde entonces señaló ya como el primero de todos los principios, el orden público, que defiende y ampara las leyes, que vigoriza y sostiene la autoridad, que obliga á cada ciudadano á encerrarse en su derecho, á respetar el derecho de los demás, y á pedir todo aquello que le corresponda y pertenezca, no con violencias, no por las armas, no en medio de las calles y sobre las barricadas, sino por procedimientos jurídicos, y ante aquellas Autoridades encargadas en todos los pueblos cultos de distribuir y realizar la justicia. Advirtió que el pueblo esclavo se distingue del libre en que apela siempre á la fuerza, nunca al derecho; que jamás pueden ser pueblos libres los de genio inquieto y de temperamento revolucionario, para quienes la ley es una tormenta continua y la democracia una demagogia desenfrenada; pueblos que sólo oyen la voz de exaltados profetas, y sólo entrarán en la sociedad regular y pacífica conducidos, como el ga-

nado, por un ser que los sujeta, llamándose naturaleza superior á ellos en habilidad, en inteligencia ó en fuerza. Previno, en fin, que toda reforma que se gana por un accidente feliz, se pierde por otro accidente desgraciado, y sólo prosperan y arraigan aquellas reformas que han nacido de la reflexión, se han propagado por las libres discusiones, y han puesto su base en la voluntad y en la conciencia de los pueblos; que por exceso de autoridad mueren las Monarquías, como por exceso de privilegios las aristocracias y por exceso de libertad las democracias; y que así se halla siempre muy cerca del hielo de la muerte, quien por exaltada fiebre tiene un calor excesivo.

## V

Ningún político ni hombre de Estado miró con más menosprecio y aun odio que Castelar las efímeras vanidades del poder; y por eso fué como nadie un adorador platónico de la patria. Desde el día en que la abdicación de D. Amadeo de Saboya puso ante su vista la posesión del mando, sintió verdadero miedo, y como había consagrado anteriormente todas sus fuerzas á precipitar ese suceso, las consagró desde entonces á retrasarlo, apoyando cuantos gobiernos se sucedían, y queriendo disciplinar y contener

aquellas fuerzas sociales que había revuelto con su mágica palabra.

Apoyó primero á Figueras hasta el último momento; apoyó luego á Pi constantemente; apoyó después á Salmerón, haciendo cuanto le fué posible para que no se retirase del Gobierno, y cuando el poder fué á sus manos lo recibió como una desgracia y compromiso de honor inevitables, y con él, frente á todo el mundo, sostuvo aquella política gubernamental y transigente con la cual creía posible la salvación de la patria y de la república, desplegando ese civismo y honradez que le permitían decir en su discurso del 6 de Abril de 1876: «Cuando yo he alterado mis creencias las he alterado delante de una Cámara en que aquellas creencias estaban en mayoría; á otros, el alterar sus creencias les ha valido subir al poder; el alterar las mías me ha costado á mí bajar del poder.» Así, pues, renunciando para siempre á goces de gobierno; pronto á sacrificarlo todo: popularidad, cargos, partidos, periódicos, correligionarios... en aras de la paz y del orden, pasó á ser un defensor de la perduración de todos los gobiernos, cualesquiera que ellos fuesen, liberales ó conservadores, porque creía que con todos se podían obtener aquellos progresos de la democracia, conquistas del derecho y reorganización de la Hacienda, en que cifraba la felicidad posible de España.

En esta situación, cuando sus enojos eran mayores y veía á los gobiernos comprometer las libertades conquistadas, y negar las necesarias al triunfo de una democracia pacificadora, les conjuraba al buen camino, señalándoles con proféticas amenazas los peligros que encerraba su desacierto, y les decía, como en su discurso del 16 de Marzo de 1876: «¿Tan felices os creéis que nada puede turbar vuestra felicidad? Si no teméis las catástrofes de mañana, muy desmemoriados andáis no recordando las terribles catástrofes de ayer. Yo de mí sé decir que no se apartan un momento de mi corazón y de mi memoria!»

Sería difícil hallar en la historia de los hombres políticos rectificación más honrada, más sincera y de más nobles y puras confesiones. Bajo este aspecto, como bajo otros muchos, es incomparable con ningún otro hombre de Estado. Porque huía del poder y desdeñaba la censura, había en su alma un sereno estoicismo que se sobreponía á todas las ingratitudes de los apasionados sectarios de los partidos. Atento siempre á los dictados de su conciencia, guardadora desconfiada y dolorida de los males de la patria, y puesto su pensamiento en la justicia infalible y serena de la historia, leía con benevolencia las acusaciones más violentas de los que le llamaban traidor á la república, y causante de que no

se restableciera esta forma de gobierno; la cual, profeta acertadísimo, anunció no verían jamás en España cuantos contribuyeron á la muerte de la que una vez la casualidad puso en sus manos.

La desgracia que alecciona, cambia y ennoblece, así á las colectividades como á los individuos, impregnó de tal melancolía sus discursos, impuso tan cuidadosos reguladores á sus consejos, tan prudentes y acertadas advertencias á sus propagandas, tan distintos procedimientos al logro de sus aspiraciones, que ya en vez de halagar á las muchedumbres prefirió persuadir á los ministros y jefes de gobierno; en vez de provocar alborotos, imponer respetos; en vez de escuchar aplausos tributados á sus deslumbradoras fantasías, debatir amistosamente con los directores todos de la política, visitándoles en su casa, recibéndoles en la propia, sentándoles á su mesa, lisonjeando sus debilidades, compartiendo en el silencio sus tareas, inspirándoles sus discursos, disuadiéndoles de sus errores, moviendo á los perezosos, calmando á los enojados, y recabando de todos benevolencia, entusiasmo, actividades armónicas, para encarnar en las leyes las conquistas políticas deseadas, sin que la nación se diera cuenta de quién era el autor íntimo de aquellas reformas.

En estas gestiones Castelar no veía más que la patria, no servía más que á la patria, ni an-

siaba otro bien que el engrandecimiento y la felicidad de la patria. Ella era una abstracción ideal inmaculada; podrían sus hijos los españoles pecar, pero ella era siempre pura; podrían equivocarse, pero ella era siempre infalible; podrían morir, pero ella sería siempre inmortal, duraría más que todas las instituciones, y era como la imagen de la Virgen, cuyos pies quebrantaba la cabeza á la serpiente del mal, y la frente se ocultaba entre las estrellas del cielo.

Así nunca se le oyó quejarse de España porque fuera ingrata con él, no rindiera á sus merecimientos tales ó cuales homenajes, ni acudiese á sus necesidades particulares—¡él, que vivió siempre en la angustia de su falta de recursos!— Como un espíritu locamente enamorado, cuanto simbolizaba á España, ó era fruto legítimo de ella, despertaba en su alma caricias, ternuras y delicadezas inefables. Reconocía y cantaba las grandezas históricas de otros pueblos y sus bellezas panorámicas, pero ninguno era más heroico ni más hermoso que su España, cuyas comarcas numerosas y variadas, cuyo cielo luminoso y transparente, cuyo litoral verdegueante y florido, y cuyos mares, el Mediterráneo á un lado, el Atlántico al otro, le enardecían y exaltaban, poniendo en sus labios cantos inspiradísimos, estrofas hiperbólicas de los grandes poetas, que entonaba con fuego, aun en sus reunio-

nes más íntimas y en las conversaciones más vanales.

## VI

Hasta sus comidas, sus afamadas comidas, eran un himno de amor á España, donde así los extranjeros afamados que le visitaban como los íntimos amigos que casi á diario nos sentábamos á su mesa, veíamos surgir, al mágico efecto de sus descripciones soberanas, una muy adorable nación, en la que todo era idílico, risueño y atractivo. ¡Qué pluma que no fuese la de Cervantes merecería ni podría describir con fidelidad aquellos sus españolísimos banquetes, donde el patriotismo del anfitrión se revelaba con demostraciones no menos felices, tiernas y seductoras, que pudiera hacerlo en sus discursos y en sus actos! La comida, con ser abundantísima y selecta, era como un pretexto para remontarse siempre á la tierra hermosa, al amigo fiel, al motivo histórico que pudiera relacionarse con la procedencia del manjar, del vino, de la fruta ó del dulce que se servía.

Correligionarios y admiradores numerosos y de probadísima consecuencia, que Castelar tuvo, como á pocos hombres fué dado tenerlos, desde su famoso discurso de la tarde del 22 de Septiembre de 1854, en el teatro Real, cuidaban de

proveer su despensa con lo más escogido que producían ó preparaban las comarcas españolas: era un homenaje á la grandiosa y simpática figura del inmortal tribuno, al mismo tiempo que un auxilio al modesto y necesitado hogar del estadista honrado, que nunca le faltó, y recibió él siempre con demostraciones de infantil alegría y de elocuentísimo reconocimiento. Sería muy larga la narración de los íntimos que mantenían estas atenciones. Justo Martínez, Pérez Costales y el general Comerma, le enviaban las ricas ostras y lampreas de la Coruña; la viuda y los hijos de Tapia, los sabrosos pescados de Vigo; Wandosel y Jorquera, los del Mediterráneo y Mar Menor; su fanatizado amigo D. Hilario Lund, los exquisitos bacalaos y vinos del Norte; los magros jamones de Trevélez, Extremadura y Sax, corrían á cargo de Secundino Senabre, Ramón Cepeda, Melchor Almagro y José San Martín; José Lázaro, de Pamplona, le surtía de los corderos recientes, á cuyas tiernas carnes consagraba siempre elogios entusiastas; de los embutidos de todas clases, desde las sobreasadas de Palma y Tárbenas, hasta los blanquets de Valencia, y desde los chorizos castellanos hasta los salchichones catalanes, le abastecíamos Ramón Vidal, Salvino Sierra, Enrique Solier y el que esto escribe; de chocolates afamados y patatas inglesas, se cuidaba el bonda-

dosos Sánchez Villora, de Albacete; la duquesa de Denia le obsequiaba con la cremosa leche de las Navas; la marquesa de la Laguna con las bien cebadas aves de sus posesiones, y Francisco Galván con pavos y pollos de Aspe; Juan José Paz, de Ávila, con mantecosos garbanzos y tiernas judías; Carmelo Sánchez, de Aranjuez, cuidaba de remitirle las primicias de sus esparrales y huertos de fresa; Bruno Ruilópez, los bizcochos borrachos de Guadalajara, y la famosa miel de la Alcarria, que mereciera rivalizar con la renombrada del monte Hibleto; José Parres los exquisitos quesos de Cabrales y la espumosa sidra de Llanes y Gijón; las hortalizas tiernas, los melones almibarados, las naranjas y granadas, recibíalos de las fértiles vegas que riegan el Júcar y el Segura, con recuerdos cariñosos de Camilo Dolz, de Alcira; Abad, de Novelda; Alberola, de Aspe; Oliver y Solier, de Denia, y José Cayuela y Evaristo Llanos, de Murcia; colmaban de dulces su despensa Pedro Rodríguez de la Borbolla y Luis Palomo, regalándole las tiernas tortas, blandos polvorones y delicadísimas yemas de San Leandro, aderezados en las confiterías y conventos de Sevilla; de dulces secos y almíbarres de Vitoria, el inspirado literato Fermín Herrán, y de los almíbares de las monjas de Granada, Juanito Echevarría; los mazapanes de Toledo, los empiñonados, peladillas, anises, turro-

nes y pastelillos de carnes, de Alcoy, y los escarchados de Valencia, recordaban siempre la generosidad de Aura Boronat, Esteban Martínez y otros; los vinos de todas clases, desde el espumoso Champagne y el dulcísimo moscatel malagueño, hasta el democrático Valdepeñas, Fernando Puig, Modesto Martínez Pacheco, José Rodríguez, González Trevilla, Manuel Vázquez, José Pan, Salvador García de la Lama... y para que nada le faltase, aunque nunca fué fumador, Tiburcio Castañeda le abastecía de tabacos, y el popular y afectuoso Santiago Núñez llenaba de leña y carbón los rincones de su casa, y de exquisita mantequilla sus alacenas. Grato y sentido consuelo proporciona recordar esta serie, aunque fatigosa, de amigos leales, quienes con otros muchos que no acuden ahora á nuestra memoria, florecieron y amenizaron ese campo de la amistad, en el cual convivió siempre muy cariñoso y agradecido este hombre destinado á los íntimos y tiernos afectos de la familia y la sociedad.

Consagraba á la mesa un cuidado especial, y era un motivo de orgullo para él la reputación de que en su casa se comía muy bien á la española, cuyos *menus* disponía con igual esmero que si preparase un discurso sobre política general. De modesto salario la cocinera que le servía, pues nunca remontó sus pretensiones á te-

ner cocinero, sabía hacer á la perfección el arroz á la alicantina y de otras varias maneras, la menestra, la carne y patatas en guisos democráticos, el jamón y los embutidos en fritangas y salsas regionales, los callos, las manos de ternera rebozadas, el bacalao á la vizcaína, las migas, el besugo á la tabernera... todo ello muy exquisito y capaz de rivalizar con los más delicados platos de Lhardy, y cuantos aderezaban los afamados y costosos cocineros de Baltüer, la duquesa de Medinaceli, la marquesa de la Laguna, Cánovas del Castillo, Martín Esteban, Puig, el marqués de Cubas... y otros numerosos opulentos amigos que se daban el gusto y el honor de invitarle con frecuencia á su propia mesa, y sentarse á la suya.

Gustaba mucho del buen aspecto de la mesa, y de ordenar la colocación de comensales. Sus ayudas de cámara, más que tales modestos criados, pues nunca tuvo más de uno, y siempre de muy cortados vuelos, Carmelo, Ramón y Esteban, que fueron los tres que le sirvieron desde *sus esplendores revolucionarios* hasta su muerte, eran verdaderos artistas por él educados en la presentación de una mesa que había de disponerse á usanza de nuestras regiones orientales, y no con esa mísera y antipática sobriedad de que se ha hecho una moda.

Latino puro, alma de artista, gozaba viendo

motivos de encanto y símbolos de regiones, que alegraban los sentidos con sus colores, sus refulgencias y aromas. Durante las Pascuas de Navidad, en las que invitaba con inusitada solemnidad á todos sus amigos, en series de catorce ó dieciséis, máximo número que recibía su comedor, el artificio de la mesa era deslumbrador, porque allí agrupaba en vistosa colocación los cincuenta y aun más postres que reunía, formando un conjunto seductor, que solían celebrar sus cariñosos amigos los periodistas Abascal, Troyano y Mellado, que muchas veces compartían sus comidas. Petronio, el autor de las maravillas del banquete de Trimalción, hubiera sido un excelente cronista de aquel derroche de productos naturales y artificiales, flores, dulces, cintas, cajitas, cristalerías, luces y colorines, que formaban como el basamento de alguna monumental y recargadísima anguila de mazapán, recuerdo de la imperial Toledo, que se destacaba en el centro arrobando la vista y casi provocando al aplauso.

La etiqueta era sencilla; muy pocas veces y por motivos excepcionales los comensales vestían frac; alternaban las damas con los caballeros, y nunca había brindis, pero Castelar obsequiaba con su palabra, todavía más que con sus manjares, porque era un hablador incansable y variadísimo. Comía y monopolizaba la conversa-

ción en términos tales que asombraba. Era un *causeur* encantador. La riqueza portentosa de su facundia, la bizarría y el colorido de su imaginación, el donaire y acierto de su crítica menuda, la elevación siempre noble, gallarda y poderosa de su pensamiento, resaltaban más si cabe en las naderías y desenfados de su conversación particular, que en los grandes párrafos de sus discursos parlamentarios. Lo baladí, lo efímero, magnificábalo su palabra; variaba los motivos con la portentosa habilidad que un concertista cambia las piezas musicales; era sencillo, claro, sin petulancias, y el efecto resultaba de lo que decía y el arte natural de exponerlo, más bien que del propósito suyo de conmover y encantar. Por esto sucedía que generalmente los comensales se entregaban al deleite de escuchar, y solamente cuando Cánovas, Moret, ó algún otro orador de esta altura; Balart, Castro Serrano, la Pardo Bazán, Abascal, ú otros occurrentes escritores semejantes, se sentaban á su mesa, se entablaban diálogos animados, en los cuales lucía un asalto de ingenios que embelesaba. Recuerdo de la última comida á que asistió el ya citado Castro y Serrano, en la Pascua de 1897, que no pudiendo este notable hablador despacharse á su gusto, exclamó en un arranque de impaciencia: «¡Vaya, señores; para poder hablar prometo convidarles á ustedes á una co-

mida en casa de Castelar, pero sin Castelar!»

La política nacional y la extranjera; episodios de la vida de sus ilustres amigos allende los Pirineos; la última producción dramática, ó el artista lírico de moda; recuerdos de sus primeros años; intimidades sobre grandes sucesos de la vida pública; chascarrillos referentes á personas conocidas y á flaquezas de sus adversarios políticos, á los cuales fustigaba con gracia; pronósticos sobre acontecimientos nacionales futuros; comentarios acerca del efecto que produjera su artículo publicado en *El Liberal*, en *El Globo*, ó en alguna revista nacional ó extranjera... todo esto lo iniciaba, exponía y juzgaba con prontitud, barajando con ello el elogio franco de un plato, la invitación á comer y á repetir al comensal perezoso, la galantería á la señora, el recuerdo sentido al amigo ausente de quien procediera el manjar que se servía, con cuyo motivo describía la comarca, la riqueza de su suelo, el encanto de sus panoramas, lo sabroso de sus productos, el valor de sus monumentos, el carácter de sus naturales... volviendo siempre á su tema favorito: España.

Ninguna mesa era más democrática y universal que la suya. En ella los poderosos, los opulentos y los aristócratas, sentían la soberana fascinación del genio que los empequeñecía, mientras que los humildes, los pobres y los ple-

beyos sentían la influencia de la cordialidad, de la sencillez, de la naturalidad expansiva del anfitrión que los exaltaba y engrandecía. En la mesa de Castelar todos eran iguales y á todos atendía con la misma solicitud: el magnate y el plebeyo recibían por igual las atenciones de su hospitalidad y los resplandores de su genio.

## VII

A un hombre semejante las grandes desdichas de España tenían que herirle de muerte. Con sorpresas, angustias y tribulaciones inenarrables, siguió la sublevación de las colonias, publicó en *El Liberal* sus últimas y más populares excitaciones á la concordia y á la paz, y con la agravación mortal de aquel desastre nacional fué coincidiendo la mortal agravación del organismo suyo, tan fuerte, sano y al parecer longevo antes del otoño de 1897. ¿De qué murió? Sería difícilísimo decirlo, y á nadie creemos esté ya reservado hacer la historia clínica de una enfermedad que, en diferentes períodos, hubo de ser sometida al juicio de variados médicos, como sucede con las de estos hombres eminentes, por muchas más razones que suelen llevar á los demás mortales á ir de unos en otros profesores buscando la curación de lo incurable. Muerto

su íntimo y antiguo médico de cabecera doctor Martínez Pacheco, quizás ninguno como el que esto escribe pudiera ser el narrador de su proceso patológico, por haber asistido, más como amigo y médico observador que como visitante, desde el principio hasta el fin, al desfile de médicos y al razonamiento de diagnósticos que hubo, todo por el noble y laudabilísimo afán de asegurar vida tan preciosa para la patria y para los amigos; y seguramente nosotros jamás escribiremos esta historia clínica.

Pero lo que sí podemos asegurar en conciencia, y sin propósito de buscar efectos novelescos, es que un factor moral poderosísimo jugaba en aquel desconcierto de órganos que se vino de pronto, sin que hubiera una razón clara que lo explicase; y este factor bien claramente se advertía que era la espantable catástrofe que aniquilaba la nación. ¡La grandeza de España perecía, y tenía que perecer necesariamente con ella el primero y más sensible de los españoles, incapaz de soportar el mortal tormento de su dolor infinito y sin consuelo! ¡Qué otro destino le quedaba al sublime cantor de las glorias nacionales, sino enmudecer sus labios y hundir en el sepulcro un cuerpo que se había inflamado muchas veces con ardientes y arrebatadores entusiasmos patrióticos! ¡Para qué, para qué vivir ya, si no quedaban más que afrentas y desolacio-

nes, motivos imposibles para los estímulos y necesidades de su oratoria! Muchas, numerosísimas veces, reconviéndole por lo huído que andaba del Parlamento, donde su voz apenas había resonado desde su famoso discurso del 7 de Febrero de 1888, nos decía: «Ya no hay grandes temas y no puede haber grandes oradores; la abolición de la esclavitud, la libertad religiosa, la enseñanza libre, el servicio obligatorio, el sufragio universal..., todo lo hemos agotado.» Por eso, cuando vió deshecha la patria, perdida aquella diadema de soles que tantas veces ensalzara en sus discursos, y solamente motivos de vergüenza y humillación ante su examen, su alma debió comprender que para tamañas desventuras no había orador posible y valía más no ser, y enmudeció por siempre, porque ya no eran solamente los grandes temas los que le faltaban, era la patria entera, es decir, era su vida!

Por si no bastaba esta consternación mortal del gran patriota, para amargar los dos últimos años de su vida, vino á herir sus vanidades de hombre aquel censurable abandono y desdén con que políticos dominantes trataron á las veces sus intereses personales. Si una larga vida de luchador político no le hiciera penetrarse de la mucha razón con que se dice que la política no tiene entrañas, la declinación de su existencia pudo convencerle de que no ya entrañas,

pero ni memoria, ni virtud alguna, hay que buscar en campo donde todo se subordina á los intereses y exigencias del día.

— Disgustado con su distrito, Huesca, y con su fiel y caballeroso amigo D. Manuel Camo, por caprichosas diferencias que no interesa juzgar aquí, ni siquiera exponer, se vió sin distrito, y á punto de no poder tomar asiento en el Congreso. Puigcerver le ofreció el puesto de la oposición que en la circunscripción de Murcia yo dejaba por enemigas que me creara mi actitud correcta en el nauseabundo negocio de las quintas de 1898, que padeció este distrito; pero, vacilante en su resolución por sus doloridos enojos, hubo de negarse en el primer momento á presentar su candidatura. Nuevas instancias por parte de amigos cariñosos de Murcia, alguna mayor serenidad en sus juicios, y la convicción de que él no podía, ni debía carecer de representación en Cortes, le indujeron en definitiva á solicitar el puesto que había rechazado; y ya entonces, como si fuera un mozalbete insignificante, cuyas indecisiones había que castigar con el desdén, se lo negó todo el partido liberal. Miguel Moya, que pasaba á representar el distrito de Fraga, vacante por aceptar Camo el de Huesca, y yo, que renunciaba á toda lucha en Murcia, cuyo puesto me correspondía en sano y honrado derecho político, por haberle represen-

tado en dos oposiciones, aunque nada habíamos hecho para inclinar su voluntad á favor de esta representación, nos creímos ya obligados como amigos, admiradores y correligionarios, á luchar por este hombre, á no desatenderle en su legítima aspiración y á impedir que la muerte, que veíamos muy cercana, le sorprendiera en la vergüenza nacional de que el orador incomparable de una raza, y la más acrisolada gloria del Parlamento español, falleciera sin que su nombre apareciese entre la lista de los diputados actuales. Las amarguras, las aflicciones, la indignación y los desengaños por que pasamos entonces muchos amigos de Castelar no son para narrados. Yo advertía con insistencia á todos, y muy singularmente á mi jefe Sagasta, que Castelar ya no ocuparía asiento en el Congreso; que la muerte se cernía sobre él y le arrebataría pronto, y que se trataba no más que de proporcionar una postura al gladiador inmortal para que cayera airoso y consolado, y sin dejar un motivo de remordimiento á la nación y á los partidos, á quienes se lo había dado todo, y... ¡nadal! ¡no fuimos escuchados Moya ni yo!

En nuestra peregrinación para solicitar y proporcionarle elementos de lucha, tuvimos, al lado de inesperados desvíos, consoladoras atenciones. Pi, Salmerón y Azcárate, que mantenían de antiguo con él gravísimas diferencias, las

cuales juzgará la historia, dando á cada uno la razón que proceda, olvidaron sus resentimientos y aconsejaron á sus amigos ayudasen al gran tribuno; y en cambio otros que le debían respetos, servicios y consideraciones, le rechazaron, y Castelar sufrió los más acerbos disgustos que le vimos páecer nunca, porque pudo comprender en su desesperada contienda electoral toda la soledad en que sus abstenciones le habían dejado. La política es una lucha implacable, y, como sucede en los campos de batalla, cuando cae un combatiente, por soberano y glorioso que sea, se le retira y se le reemplaza, y Castelar estaba ya muerto, porque era un abstenido; y en política tanto monta ser lo uno como lo otro.

Los dos días que mediaron entre la elección y el conocimiento del resultado, fueron de inquietud y desesperación indecibles. Se incomodaba con todos y por todo; se consideraba deshonrado y escarnecido; nos reconvenía á cuantos habíamos intervenido en su elección, de una manera ó de otra, por haberle puesto en aquel trance; deploraba no haber aceptado el ofrecimiento que le había hecho Rodríguez de la Borbolla de su distrito, y pasó largos días por la última y más grave tempestad moral que sufrió durante los últimos años de su existencia. Su triunfo, proclamado al fin, serenó aquella honda agitación, y dió algún alivio á su pobre espíritu

impresionable y atormentado con sensibilidades morbosas.

## VIII

Estas inesperadas y molestísimas desconsideraciones le ofendieron tan vivamente, que su ánimo sintió arrebatos de pelea; bríos juveniles enardecieron su alma; el reposo, la serenidad y la prudencia aquistados en las terribles pruebas del poder, se nublaron, y en su lugar apareció el encono, con sus llamadas á la violencia, y sus esperanzas en nuevas formas de gobierno, y en otros distintos y más atentos hombres, y así sucedió que cuando los republicanos, apercibidos de aquellos síntomas de cambio, le dirigieron su mensaje firmado por cien mil españoles, Castelar redactó su famosa contestación proponiendo la concentración republicana, que había muchas veces rechazado, postrero documento político, que con voz insegura y cuerpo aniquilado, pero con inteligencia muy firme y ánimo muy resuelto, leyó la noche del 5 de Mayo, señalando con energía nuevos destinos á la nación y orientaciones de esperanza á los hombres de buena fe ya desalentados y vencidos.

En la agonía todavía este hombre extraordinario produjo con su actitud una impresión profunda en los partidos monárquicos y republi-

canos; los ilusos y equivocados creyeron que podría abrir otro periodo brillante de actividades políticas, y así lo creyó también Castelar, quien se sentía apóstol y deseaba hablar, dirigirse á las regiones, conmover las muchedumbres, esparcir el fuego sublime de la oratoria que flameaba otra vez en su cabeza y le inducía á concebir discursos magistrales para la creación de una nueva España. ¡Ilusiones como las de los tísicos que se avecinan á la muerte! ¡Resplandores y llamaradas de luz que se apaga! Así cuando los amigos me preguntaban, curioseando mis esperanzas, respondía siempre con sonrisa amarga: Esa contestación al mensaje republicano es su canto de agonía; un testamento político que nadie realizará. Ya no hay hombre, y con él muere todo lo suyo fatalmente.

¡Así tenía que suceder, y sucedió!

Cada día que pasaba estaba peor; los amigos veíamos que se nos iba; su médico Huertas y yo, hablábamos de su situación desesperada; el tiempo en Madrid era el de una primavera cruda y fría, y decidimos aprobar la salida que le aconsejaban sus amigos á Pinatar, en Murcia, para ver si las ovaciones de los electores, la dulzura del clima y la belleza de los panoramas, mejoraban las condiciones de vida física y moral de un organismo siempre tan identificado con la naturaleza.

## IX

El viaje, en el cual le acompañamos Moya y yo, se hizo bien; pero cuando los correligionarios y admiradores salían á las estaciones para saludarle, todos recibían dolorosísima impresión, y se retiraban diciendo: ¡es un cadáver!

Por ser mala primavera aquella, en todas partes, ni en el Sudeste de España encontramos el tiempo igual y suave que necesitaba su cuerpo delicado. Sin embargo, Castelar gozó mucho viendo el Mediterráneo, el Mar Menor, las palmeras, los huertos, las salinas de Pinatar y los numerosos amigos que de aquella comarca acudían á saludarle. Los seis días que allí vivió los pasó contento; habló, recitó, paseó, se embarcó y mostróse muy alegre y esperanzado de obtener su reposición.

Cualquier incidente ó contratiempo podía acabar con él; en el fondo de un bienestar engañoso que le permitía aparecer el Castelar de siempre, y aun animar, como en su casa, la espléndida y concurrida mesa que le ofrecía la hospitalidad solícita de la familia de D. José Servet, había constantemente la amenaza de una próxima é inevitable desgracia. Miguel Ferrero, médico de Pinatar, aceptaba con espanto la responsabilidad en que le habíamos compro-

metido; y con efecto, en pleno vigor intelectual, haciendo pocas horas que había redactado sus últimas cuartillas, casi en el descanso de un paseo que hiciera el día anterior, atribuyéndose, con razón ó sin ella, su recaída á un leve enfriamiento imposible de evitar, no más hizo que inclinarse del lado de la muerte aquella balanza de la vida, puesta tan en su fiel que bastaba un leve soplo para que se venciera. Sobrevino el desfallecimiento cardíaco temido, la asístolia mortal, y entonces, sin agonía, con dulcísima calma, sin padecer ni descomponerse nada, como pájaro que cesa de cantar y expira, por lenta resolución de una existencia que se disuelve en la nada, ó se sume en el reposo de un sueño eterno, exhaló el último aliento.

Las circunstancias de su muerte parecieron escogidas conforme á sus deseos ¡tantas veces expresados en escritos y discursos! Falleció el 25 de Mayo de 1899, es decir, en el mes de las flores, el consagrado á la Virgen María, esa divinidad conmovedora que muchas veces había invocado cuando declamaba sus cantos á la patria. Fué en suelo de su adorada España, en paradisiaco lugar levantino, entre Cádiz, al Sur, donde nació, y Alicante, al Norte, donde pasó sus infantiles años; á la hora del medio día, cuando el Sol cruzaba por el cenit y resplandecía con más fuerza de luz y calor; á la vista de su

querido Mediterráneo, el mar de las civilizaciones heleno-latinas, el «que guarda en cada ola un recuerdo gloriosísimo de las hazañas españolas»; contemplando los campos alfombrados de cereales y florestas en su mayor galanura, que embalsamaban el ambiente con penetrantes aromas; entre bosques de palmeras, olivos y naranjos, que simbolizaban la vegetación de sus idolatradas comarcas semíticas; acompañado de amigos leales y de unas benditas mujeres, jóvenes, quienes por su belleza, bondades y ternuras, parecían mensajeras angelicales de los cielos por él soñados, respirando todo una placidez y sosiego de la Naturaleza entera, á la cual devolvía sereno y feliz, como depositario honrado que devuelve tesoro que un día se le confiara, el grandioso símbolo del verbo humano, con cuya encarnación más portentosa le había favorecido la Providencia.

Temperamento ateniense por excelencia, verdadero místico de las proporciones y la armonía, las cuales le subyugaban como hace muchos siglos pudieran dominar al más elegante contemporáneo de Pericles, ni en el trance de su muerte le ganó desagradable compostura. Dióse á los tristes cumplimientos del fatal destino viviente, como exhibiendo un testimonio más de su cesárea y privilegiada sublimidad. Así podía advertirse que fueron su agonía y su

muerte uno de los párrafos más delicados, sentidos y armoniosos del grandilocuente discurso de su existencia; y que la naturaleza vistióse con galas poéticas para recibirle en el deslumbrador escenario de uno de sus más rientes panoramas heleno-latinos.

Y ahora, lector estimable, instruye y deleita tu espíritu con los siguientes fragmentos, que deben andar en manos de todo el mundo: de los niños, en las escuelas de primeras letras, para que formen su alma en santo culto á la patria; de los hombres, para que redoblen las energías cívicas de su españolismo; de las mujeres, para que beban ternuras en manantiales copiosos de exquisitos sentimientos; de los pueblos, para que exalten su historia y la razón primera de su vida nacional, y de todos para edificación y embeleso del alma humana, con la idea y la música de los incomparables y arrobadores párrafos.

Madrid 27 de Diciembre de 1901.

ÁNGEL PULIDO.